



Fraternidad en Política como Modelo de Diálogo y Transversalidad

Lucía Fronza Crepaz – Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires
01 / 12 / 2003

Señores legisladores,
Autoridades nacionales, provinciales y municipales,
Señoras y señores:

Me siento particularmente honrada al encontrarme hoy aquí con ustedes, en un marco de este relieve, para ofrecer el testimonio de la experiencia y la reflexión del Movimiento Político por la unidad, una realidad multiforme presente en todo el mundo; y que se puede resumir en una palabra clave, que es juntamente una categoría y el fundamento de la política, método de acción, pero sobre todo un programa de paz y de libertad: **la fraternidad**.

Quisiera comenzar con una premisa. Sin duda mi discurso representa algo específico porque tiene su origen en un contexto cultural típicamente europeo, pero que expresar el esfuerzo continuo de salir de categorías circunscriptas para cotejarse con las otras culturas del mundo. Quisiera que lo recibieran con una actitud de reciprocidad que se expresa con una actitud de escucha y de diálogo. Lo que me sostiene especialmente es que hablaré de una experiencia que hunde sus raíces en un carisma universal, el carisma de la unidad, de Chiara Lubich.

Quisiera entrar con ustedes en tema. Y lo hago conciente de que aquí es muy claro que el destino de una nación pasa por hacerse cargo del destino del resto del mundo, y que el horizonte de cualquiera de nosotros que quiera hacer política –y hoy estamos aquí porque todos hemos sentido esta vocación- nuestro horizonte no puede no ser global.

El planeta tierra, que visto desde el espacio nos enseña a considerarlo como una unidad, presenta algunas situaciones críticas que quiero analizar con ustedes como auténticos desafíos.

El **orden mundial** parece estar en crisis tanto política como socialmente. Las demandas dirigidas a la política llegan a ser vertiginosas: la desigual distribución de los bienes ha cristalizado los diversos conflictos locales en una realidad mundial que dificulta las relaciones internacionales. El orden internacional, fundado por estatuto en la búsqueda de la paz, una norma que -aún con dificultades- parecía ya establecida, sufrió un fuerte atentado con la declaración unilateral de guerra al régimen iraquí, mientras que el período post bélico está muy lejos de una gestión internacional.¹

¹ El 15 de abril pasado, después de la intervención armada en Irak, el Movimiento Político por la unidad, difundió un artículo-documento en colaboración con los jóvenes por un mundo unido y Humanidad Nueva (ramificación del Mov. De los Focolares) sobre la situación internacional: "reforzar las normas de la comunidad internacional y el rol de las Naciones Unidas, publicado en: Acción y Paz, también en castellano e inglés.



A las bombas se suceden otras bombas, en una geografía que ya es planetaria. Hay otros 33 conflictos, internacionales e internos, que abarcan a pueblos, Estados, grupos organizados, que a menudo son marginados por los canales de información o descartados por los análisis políticos porque son considerados simplemente como “cuestiones menores”, o porque no son funcionales para los intereses de las partes.

La **relación entre economía y política** es otro nudo crucial.

La “mano invisible” del mercado, así como la llama Smith, termina por aplastar incluso a economías ricas en recursos y perspectivas cuando se niega o se desmantela un sistema, tan fuerte como el sistema económico, de reglas políticas precisas y eficaces tanto en el plano nacional como en el internacional. Es un dato que creo necesario tener presente también en el análisis de la situación Argentina. Y podríamos continuar con otros mil ejemplos.

Pero si quisiéramos indicar, con una lectura sintética, las áreas de mayor fragilidad política, podríamos hablar de **3 fracturas principales**: la fractura entre el individuo y la comunidad, la fractura entre sociedad civil e instituciones, y fractura entre estado nacional y orden internacional. Sin embargo, la confrontación más amplia que emerge de este análisis es la que se da entre lo local y lo global, en la búsqueda de un principio que recomponga dimensiones e intereses que resultan inconciliables.

Lo que emerge, tal vez en forma inconsciente pero apremiante, es una exigencia de “governabilidad”, de “armonización” de la complejidad de la sociedad.

Antes que nada, la demanda de saber gobernar los violentos desequilibrios económicos y sociales que cada vez más marginan de los procesos de crecimiento y desarrollo, de inclusión y participación democrática a pueblos enteros. Pero no sólo esto: se busca también la armonización entre la identidad y la dignidad de la persona y la libertad de la investigación científica; entre la protección del ambiente y las exigencias de la producción y el trabajo; entre la tutela de lo que es propiamente humano -los valores del espíritu y la cultura- y los espacios del mercado como vehículo potencial de libertad y de bienestar. Compatibilizar a través de la armonización, también, el carácter solidario de la familia y los derechos individuales; los ámbitos de autonomía de la persona, que son intangibles y la capacidad unificadora de los medios de comunicación. Integración en el respeto de la diversidad entre los procesos de globalización que si están bien gobernados, pueden ser un recurso para la humanidad de hoy, y el deseo cada vez más explícito de salvaguardar las identidades culturales particulares.

Estos emergentes convocan a la política. ¿Queremos dejarle el lugar a otras globalizaciones? ¿A la financiera, la mediática, la de la criminalidad transnacional, ya sea terrorista o económica? ¿Queremos dejar que las normas las dicte una “política-del-no-lugar”, gestionada por entidades transnacionales que nadie eligió y cuyas finalidades en su mayoría son desconocidas?

Demasiado a menudo la política democrática es impotente.



Es en esta clave que nos parece urgente re-descubrir el método, el contenido y el fin de la política.

Hasta ahora, libertad e igualdad representaban los fundamentos principales sobre los cuales desarrollar un proyecto político y mucho fue hecho, pero mucho queda por hacer para su realización. Libertad significa derecho fundamental de cada hombre en poder reconocerse único e irrepetible, poder expresar sin condicionamientos toda su potencialidad y su insuprimible deseo de felicidad. Mucho queda por hacer también bajo el perfil de la igualdad, para que sea realmente reconocimiento y garantía de igual acceso a los recursos y a las oportunidades de crecimiento personal y social.

Si la humanidad experimentó un camino político positivo en relación a estos dos principios, también experimentó sus frutos amargos: la afirmación de la libertad muchas veces se transformó en un instrumento de opresión hacia los más débiles, mientras que el camino hacia la igualdad no supo evitar el colectivismo masificante.

A la luz de la experiencia nacida del carisma de la unidad, creemos poder decir que existe una clave para volver a encaminarnos y es el don que Jesús ha traído a la humanidad: la fraternidad universal.

Para esto rezó Jesús antes de morir: “Padre, que todos sean uno” (Jn. 17,21): revelándonos la paternidad de Dios, nos hizo descubrir hermanos. Pocos años después, San Pablo, el primer teórico de esta auténtica revolución, pudo afirmar en un contexto histórico en el que las diferencias sociales eran el fundamento mismo de la organización religiosa y social: “Ya no hay más ni griego ni judío; ni esclavo ni hombre libre; ni hombre ni mujer, porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús” (Gal. 3,28).

Desde entonces, la fraternidad universal se transformó en patrimonio de la humanidad, por lo tanto con capacidad para interpelar y abarcar también a personas que no tienen una referencia religiosa, porque es un vínculo universal y fundamental inscripto en el código genético de cada ser humano, y que está por encima de las diferencias culturales, de religión, de extracción social.

El coraje de acercarse en política, a libertad e igualdad, la fraternidad universal, creemos que es la clave de la que hablábamos antes. Considerar a cada hombre como mi hermano tiene que volverse un hábito adquirido, la única idea preconcebida que nos permitamos, dentro de una plena libertad de acción.

Pero la fraternidad ¿realmente es una categoría política? Joan Rigol Roig, cuando fue Presidente del parlamento catalán, una figura templada por la resistencia franquista, en un coloquio con Chiara Lubich en el que estuve presente, afirmó: “La fraternidad es una categoría política, la más importante... porque toca y abarca a cada persona, a cualquier persona.”

La política es el arte de componer en unidad la convivencia de los hombres. Si la libertad y la igualdad califican la relación entre los hombres -la libertad inspira la escritura de los derechos y la igualdad dicta las condiciones de la redistribución de los recursos- la fraternidad define, aún más, es la definición misma de la relación social entre las personas, porque me define en relación con el otro y al otro en relación a mí, dándonos el nombre de hermanos.



La fraternidad, por lo tanto, no es algo que se agrega a la política desde afuera, sino que se inserta directamente en sus contenidos, métodos y finalidades, e implica consecuencias concretas en la proyección y desarrollo cotidiano del compromiso político. Es más: se revela como la única categoría que sostiene la dimensión global que hoy tiene que tener la política si quiere tener voz.

Para comprender a fondo el significado que tiene para nosotros la fraternidad, es necesario tener en cuenta que el Movimiento de políticos por la Unidad ahonda sus raíces -como ya dijimos- en una experiencia profundamente religiosa, la del Movimiento de los Focolares, una realidad eclesial pero no exclusivamente tal.

Entre los diversos aspectos que podríamos subrayar, hay dos características que, desde los primeros tiempos de la historia de Chiara Lubich, hacen pensar en un mensaje que tendría una gran influencia en la política.

Chiara y sus primeras compañeras, en los años cuarenta, durante la tragedia de la Segunda Guerra mundial, tradujeron enseguida la experiencia arrolladora de Dios Amor en “amor social”. Poniendo en práctica palabra por palabra el Evangelio, habían descubierto su potente fuerza transformadora: de los hombres y también de las estructuras.

Segunda característica: el programa al que deciden dedicar sus vidas, y que a menudo Chiara Lubich definió como “la carta magna” del Movimiento que nacería alrededor de ella, es el “SUEÑO” de Jesús: “que todos sean uno”. Pero ¿la unidad de la familia humana no es quizás un programa político? Ya en esos primeros años, distintos políticos se sintieron atraídos por este mensaje de unidad.

La unidad, la fraternidad universal, es por lo tanto un “rasgo” específico de la fisonomía del Movimiento de los Focolares en su vida interna, pero es para todos nosotros también una llamada que nos impulsa a todos sus miembros a llevar la unidad a donde no existe. Y a lo largo de los años, el Movimiento ha encarnado esta vocación a la fraternidad con una expansión en más de 180 países del mundo, dentro de la Iglesia católica, pero también en más de 300 Iglesias cristianas y entre miles de creyentes de otras religiones, y hoy comparte su mensaje, también con más de 70.000 personas que no profesan un credo religioso.

Se podría decir que el descubrimiento del amor de Dios y la elección de vivir la fraternidad en las relaciones personales y en los espacios sociales, trae consigo un regalo más, la capacidad de descubrir en la historia de la humanidad como un hilo conductor.

Estamos plenamente convencidos que a pesar de las divisiones y las dificultades, el impulso del mundo hacia una creciente unidad, sigue siendo un dato constante. Los hechos están delante nuestro, tenemos que saber



interpretarlos para poder descubrir que la tensión del mundo hacia la unidad nunca fue tan viva y operante como en nuestros días. La unidad, si bien sigue siendo un gran desafío, hoy se muestra como una gran oportunidad y una real necesidad. Son signos evidentes de esta tendencia:

- Organizaciones internacionales con vocación universal, empezando por las Naciones Unidas, cuya función sigue siendo determinante para conocer, enfrentar y administrar con el consenso de todos los Estados las principales cuestiones que interesan a la vida de los pueblos y los países;
- Las uniones de Estados y los procesos de integración económica y política que con mayor intensidad se van realizando a nivel continental o por áreas geopolíticas;
- El crecimiento de movimientos sociales, culturales y religiosos que se presentan como nuevos protagonistas de las relaciones internacionales y por lo tanto de opciones que comprometen en objetivos de dimensión mundial;
- La creciente maduración de la conciencia de las personas de participar en la construcción de un mundo en el que la justicia sea sinónimo de paz, estabilidad, desarrollo, cooperación, respeto de los derechos humanos, comprensión y confianza recíproca;
- El desarrollo del diálogo entre personas de religiones y convicciones distintas (también no religiosas), guiado por una fe universal en los valores humanos, como fundamento de cualquier experiencia de vida auténtica.

Entonces, la fraternidad, que tiene que ver con la naturaleza misma de las relaciones entre los hombres, dicta condiciones para el método, el contenido y el fin de la política.

Hemos aceptado este desafío, estamos comenzando a estudiarlo y a aplicarlo y estamos verificando los primeros frutos, conscientes de que cada fragmento debe componerse junto a todos los esfuerzos de los hombres de buena voluntad. Como comprenderán, se trata de una aventura en curso... pero que ya se ha multiplicado en distintas naciones europeas, como también en aquí en Argentina, en Brasil y desde hace pocos días, también en Uruguay.

Con respecto al método, hemos experimentado vivir la fraternidad en las coyunturas de la construcción democrática; comenzamos con la relación fundamental, la de los ciudadanos poseedores de la soberanía y sus representantes elegidos dentro de las instituciones (en relación a este punto, aquí puedo ofrecer sólo algunas referencias, se podrá ampliar más con las experiencias concretas en la vida política en el diálogo que seguirá a esta presentación).

La relación elegidos-electores se ha convertido en un auténtico y verdadero pacto programático, ético y participativo, vivido entre el elegido desde que se postula y los ciudadanos de su territorio, que aprenden a conjugar el verbo "controlar" y a ir más allá de la necesidad individual, dejando de lado la tentación



de un interés personal para colaborar en la definición de las prioridades en la agenda política de la comunidad².

La segunda coyuntura es la relación de la sociedad con las instituciones políticas. Nos parece haber descubierto otra dimensión relacionada con la conocida definición de la política como servicio. Si efectivamente diéramos un color a cada actividad humana, a la economía, a la sanidad, a la comunicación, al arte, al trabajo cultural, a la administración de la justicia... la política no tendría un color, sería un fondo, el negro, que ayuda a resaltar todos los otros colores. Entonces, la política es relación permanente y calificada con cada uno de los ámbitos de la vida, para estimular y ayudar a que emerjan los proyectos de desarrollo, poniendo de esta forma las condiciones para que la misma sociedad, con todas sus expresiones, pueda realizar plenamente su designio...

Está claro que en esta atención continua a lo nuevo, que se convierte en esfuerzo mayéutico, la política sin embargo, tiene el deber de reservarse algunos espacios e instrumentos específicos: asignar las prioridades y precedencias y buscar en el diálogo, siempre y en cualquier parte, la mediación entre el designio y su implementación.

Tercera coyuntura: nuestra experiencia nos llevó a introducir la fraternidad -con todas sus consecuencias- también en nuestros partidos y entre los distintos partidos. "Ama a tu prójimo como a ti mismo" significa también: "Ama la patria del otro como a la tuya", ¿pero también "ama al partido del otro como al tuyo? Tal vez aquí está una de las novedades.

Recuerdo ese día en Nápoles, el 2 de mayo de 1996, cuando Chiara hablando a un grupo de políticos que sentíamos que nuestro deseo de construir el bien no producía frutos en la política, nos desconcertó cuando nos propuso un paso simple y revolucionario: hacer de la política una cuestión de amor.³

Por eso, comenzamos a desarrollar, en una relación recíproca, las raíces espirituales de nuestro compromiso bajo la óptica de la unidad, reevangelizándonos, y, como consecuencia, profundizando la aplicación de los valores evangélicos, que -debemos decir- son íntimamente y profundamente del hombre en cuanto tal, e inventando nuevos caminos de actuación política. Y están interesados todos los sujetos de la política, cada uno en la claridad de la función y responsabilidad según su posición: funcionarios, estudiosos y estudiantes de ciencias políticas, ciudadanos, políticos de distintas tendencias.

Todo esto -lo hemos experimentado- no nos saca de nuestra pertenencia partidaria, no nos distrae de nuestra historia política personal, sino que nos da

² Un estudio significativo, de tipo introductorio, que analizó los primeros 15 casos en Italia de la actuación del "Pacto político-participativo" es la tesis en Ciencias políticas de Daniela Ropelato, que presentó en la universidad de Florencia (1998, archivo del Mov. Político por la unidad, de Roma).

³ Chiara Lubich en persona recorre los momentos fundacionales del Mov. Político por la Unidad en ocasión del primer congreso internacional, en mayo de 2000, en el que lo presenta públicamente.



una mayor claridad en las opciones, hasta el coraje, para algunos, de disociarnos de colusiones peligrosas o de posiciones a contramano, de las razones de la vida, de la paz y la justicia.

El fruto de esta participación, de la opción por poner algunos valores de la política y la relación construida entre nosotros antes que nuestra misma pertenencia, es la superación de la política de los slogans y de los prejuicios, o peor todavía, de la descalificación recíproca. Sobre todo es el comienzo de una mayor capacidad de comprender la complejidad en el contacto político, una cualidad que hoy resulta indispensable.

Bajo esta clave ¿cómo cambia en un consejo comunal o en una asamblea legislativa o en un parlamento nacional, la relación entre el gobierno y la oposición? ¿entre mayoría y minoría? Cada parte tiene su responsabilidad específica, unos para gobernar y otros para controlar, pero juntos, en virtud de este nuevo estilo, crece la capacidad de ceder juntos ante las demandas y necesidades de la propia comunidad.

No quisiera ser mal interpretada, todo esto no significa indiferencia ante los valores, debilitar el juicio. La fraternidad ilumina la verdad y esclarece los valores de referencia y no sólo la diversidad.

Se trata de tomar conciencia de que cada formación política, que cada opción política, es la respuesta a una necesidad social y por lo tanto es necesaria para la composición de un todo. Por lo tanto, me interesa el destino político del otro partido y la instancia que comporta, como el destino del mío, y mi crítica se vuelve constructiva. Nunca considero agotado el espacio para el diálogo, aún con los riesgos que implica.

La que cambia también es la “gestión política” de los valores, si es posible expresarlo de esta manera. De hecho, si los valores en los que creemos son valores universales (la idea de persona y de vida humana, el concepto de justicia, de paz, la idea de familia, etc.), estos valores no pueden volverse motivo de distribución superficial de las categorías de bueno y malo, o quien está a favor de la vida y quien, por consiguiente, por la muerte... hasta la así llamada descalificación democrática, como afirmar de ante mano que el otro es incapaz de gobernar.

Precisamente estos valores pueden ser lugar de encuentro, terreno para un diálogo riguroso, laico y competente, en una búsqueda de síntesis positiva; un espacio de formación para todos, porque en política no existe el que ya llegó y el que no va a llegar nunca.

No se trata, por lo tanto, de negar la tensión de la diversidad, también del conflicto, pero primero: no tengo que olvidar jamás que quien me interpela es ante todo una persona que hace política como yo; segundo: no dejarnos bloquear nunca por las situaciones negativas, y tomar la iniciativa para un nuevo encuentro.



Pero la fraternidad no toca únicamente el plano del método político, debe ser conjugada también dentro de los contenidos de la acción política.

También en este ámbito, estamos recientes en los comienzos de un largo camino, pero les ofrezco algunas pistas sobre las que hemos comenzado a trabajar, experimentando que lo que cambia es la perspectiva principal: ya no la perspectiva estática, que pone al individuo como punto de referencia de las opciones políticas, sino aquella, extremadamente dinámica, que asume como estrella polar la relación entre las personas.

Y no es raro que alguno defina este cambio de perspectiva, como una auténtica “revolución copernicana”, signo de un nuevo paradigma político que se anuncia. En junio del '96, el decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Lublin, Polonia, otorgando a Chiara Lubich el doctorado honoris causa en ciencias sociales, notaba en su carisma y en su actividad social, la existencia de un “paradigma interdisciplinario de unidad, como fundamento metodológico para la construcción de modelos teóricos, de estrategias de investigación empírica y de esquemas de aplicación”.

Les doy algunos ejemplos:

- La conciencia del destino universal de los bienes, en Italia, modificó el presupuesto de una de las comunas más ricas del norte, reunió en una asociación a algunas comunas pobres para hacer juntas cooperación internacional, se transformó en un incipiente proyecto de un polo industrial solidario basado en el modelo de la economía de comunión, en otro municipio del sur. Aquí me refiero al proyecto de Economía de comunión, lanzado por Chiara Lubich en Brasil en el '91, que propone a las empresas que están dentro del mercado, dividir las ganancias en 3 partes: una para el desarrollo de la misma empresa, otra para estructuras de formación de “hombres nuevos”, y para los pobres, asegurándoles lo indispensable para vivir en lo inmediato, hasta que ellos mismos puedan ser promotores de su propio desarrollo.
- La necesidad de actuar la fraternidad comenzando por los pobres agrega a las necesarias acciones específicas, para superar el umbral de la supervivencia, un cambio de perspectiva: hacer de los últimos un sujeto político protagonista que, junto con los demás, construya y haga real el bien común. Los ejemplos son muchos: desde la degradación de las favelas de Santa Teresina, en Recife, a la representación directa de su gente en las instituciones; el descubrimiento y el desarrollo, en algunas tribus de Camerún, de un camino africano a la participación democrática.
- Además, “lo que hagan al más pequeño, me lo hicieron a mí...” se vuelve no solo eliminación de las barreras arquitectónicas de nuestras casas privadas y de nuestras calles, sino reconocimiento del “más pequeño” como medida política, casi como medida de “evaluación de impacto” en la construcción de una ciudad. La fraternidad construye un modelo de bienestar a partir de los últimos, evitando “hacer partes iguales entre desiguales”, teniendo de mira reforzar la dimensión familiar y de la comunidad local.



- Pero la fraternidad se está revelando un elemento relevante, también en el ámbito de los estudios teóricos, por ejemplo en el análisis de la calidad democrática, en el desarrollo de la filosofía política, con investigaciones contextualizadas en áreas geopolíticas específicas del mundo. Estamos ofreciendo los primeros frutos de nuestro trabajo doctrinal también en ocasiones políticas públicas y en diálogo con algunos centros académicos.

Si la realidad de la globalización ha generado en todo el mundo permanentes flujos migratorios, modificando los horizontes de nuestras ciudades, la fraternidad aclara hacia qué dirección tiene que proceder la actualización de la antigua definición de ciudadanía: ya no más la rígida pertenencia nacional. El dato principal tiene que nacer del reconocimiento de la identidad del hermano. Este ejemplo es válido también para todas nuestras ciudades del mundo. La plena actuación del concepto de ciudadanía implica la posibilidad del ejercicio pleno de la propia subjetividad política.

Si las finanzas internacionales pisotean los derechos de los pueblos, la fraternidad requiere nuevas normas, claras y válidas para todos, para las transacciones financieras internacionales, para el comercio y la deuda externa, además que la abolición del dumping (áreas de privilegio que se transforman en tasas imposibles) y el control de la liberalización de los mercados: ámbitos en los cuales tanto en Fondo monetario internacional como el Banco mundial demuestran que operan fuera de las Naciones Unidas y sin auténticas garantías democráticas.

Fraternidad universal significa derechos exigibles de los pueblos en la gestión de los recursos naturales, significa modificación de los estilos de vida e inversión en las formas de energía alternativa, dando autonomía desde el punto de vista energético a cada comunidad local, especialmente a los Países emergentes.

Fraternidad significa además reconocimiento del derecho a la formación, porque es cada vez más evidente que la riqueza del futuro será el conocimiento, en un sistema en el que el cambio y el desarrollo de la tecnología es la regla. Y aquí el pensamiento se dirige a la cuestión mediática, como cuestión de pluralismo también cultural, al servicio de las minorías, etc.

Con respecto a los fines de la política, dentro de esta visión, la fraternidad da a la política humildad, reconociendo su fin fuera de sí. Una política de la fraternidad tiene como fin contribuir en la realización del designio de Dios sobre la humanidad: contribuir a la construcción de la unidad de la familia humana.

Es un designio global, que atiende a las relaciones entre los pueblos, entre etnias y culturas de la tierra, y por lo tanto a la búsqueda de instituciones internacionales plenamente democráticas, pero que también se articula necesariamente en el terreno local, en la realización de comunidades que encuentran su plena y peculiar expresión.



Chiara, en ocasión de la 1ª Jornada mundial de la interdependencia, celebrada el 12 de septiembre pasado en Filadelfia, afirmó: *“...un mundo de pueblos libres, iguales, unidos, no sólo respetuosos de la identidad de cada uno, sino también solícitos en sus respectivas necesidades... no sólo es posible, sino que es la esencia del proyecto político de la humanidad. La unidad de los pueblos, en el respeto de sus propias identidades, es el fin mismo de la política.”*